

## **Final de análisis y pase**

Por Begoña Alegria

Tanto la salida del dispositivo analítico como la decisión de entrar en el procedimiento del pase fueron para mí dos momentos de corte, de ruptura, que nada tenían que ver con consideraciones anteriores ni con proyectos previos que pudieran enmarcarse en un ideal.

El final del análisis llega sin que intervenga la voluntad del sujeto, más bien el sujeto consiente a esa conclusión y a la lógica salida del dispositivo analítico. Consiente a la separación del analista, que para entonces ya se ha convertido en otro cualquiera.

Así mismo la decisión de entrar en el procedimiento del pase tampoco obedece a una necesidad lógica universalizable. En mi caso, fue una decisión vinculada con el síntoma, un paso del “no poder saber” al “querer hacer saber”.

La conclusión de mi análisis sucedió de forma inopinada, propiciada por un sueño muy breve en el que me separaba de mi analista, reducida a un objeto desechable, y daba cuenta de la irreductibilidad del goce y de la imposibilidad de compartir con el otro en ese nivel. Las últimas sesiones, en las que analizo ese sueño, abocan a la constatación del punto irreductible del síntoma fundamental, del núcleo pulsional a cuyo alrededor se había formulado el síntoma como un “no poder saber” para no destruir al otro materno, manteniendo la boca cerrada, en un intento de acoplar mi goce al suyo y eludir el hecho de que el sujeto no es dueño de su deseo, que es efecto del significante, y causado por la falta de objeto.

El deseo, aunque articulado, no es articulable como la demanda, no se expresa en palabras sino en actos, el sujeto no tiene dominio sobre él sino que es el deseo el que lo empuja, y no se dirige a un objeto –como el espejismo del fantasma hace creer– sino que está causado por la falta de un objeto.

El sujeto se encuentra con que él, es un efecto, no un agente. Efecto de lenguaje, dividido por la castración y por el objeto (en el sentido de falta de objeto, objeto pulsional, presubjetivo). Certeza sobre el ser en una destitución subjetiva, a partir de la cual el sujeto consiente a la conclusión y la lógica salida del dispositivo analítico.

Por un lado, surge la convicción de que, en lo que concierne a mi ser, el analista no puede darme nada, ni en el plano del saber ni en el plano del amor. Por otro lado hay una emergencia, una liberación del deseo que me empuja a querer elaborar un saber sobre mi descubrimiento con los significantes particulares de mi historia.

Liberación también de la curiosidad infantil, “enjaulada”, y deseo de acompañar a otros en ese camino, de provocar también en ellos un deseo de saber.

En ese momento me vuelven los *flashes* de los acontecimientos más relevantes de mi vida y de mi análisis. Ordenarlos es un trabajo que tengo por delante, pero no es un trabajo de transferencia, es un trabajo en soledad y fuera de la demanda. Sería algo parecido a recomponer un puzzle, pero a sabiendas de que siempre faltará una pieza. Se llega a ese punto de falta que no incide de una forma depresiva en cuanto a que algo falta y podría no faltar, sino que se trata de una falta estructural a partir de la cual el sujeto está dividido, sí, pero está vivo y animado por un empuje vital.

En un momento de mi análisis que retroactivamente sancioné como resultado terapéutico, hubo también una emergencia del deseo que me permitió modificar el lazo con los demás, especialmente en las instituciones analíticas. En el deseo, el sujeto prescinde del otro pero en el resultado de sus actos, busca al otro, recortado, limitado. El sujeto utiliza a los otros para servirse de ellos en la moción a la que le impulsa ese deseo, pero no para, ni por, ni contra el otro. La necesidad de poner después en circulación ese deseo, o el resultado de su acción, es lo que por ejemplo requiere un espacio un poco particular: un cartel, una asociación de psicoanalistas, una Escuela. El deseo es en soledad, pero el sujeto no se desvincula del mundo.

El deseo emerge como empuje al acto y a la circulación de lo elaborado y del descubrimiento, de la experiencia.

Después de concluir mi análisis, el deseo de transmitir mi experiencia analítica surge como una necesidad subjetiva. De querer elaborar un saber paso a “querer hacer saber”. El trabajo de ordenar y elaborar mi recorrido analítico no es algo que sólo quiera para mí, quiero hacerlo circular, contárselo a cualquiera que esté dispuesto a escucharlo, que le interese. Ahí aparece por primera vez para mí la idea de hacer el Pase, y la decisión de ofrecerme al procedimiento es una decisión en acto, sin consideraciones previas ni cálculo alguno.

El pase es una opción, la Escuela ofrece “a quien lo quisiera poder testimoniar de dicha experiencia, a cambio de encargarle la tarea de esclarecerla posteriormente” (J. Lacan, “Discurso a la EFP”, 6 diciembre 1967). La entrada en el procedimiento del pase no corresponde a la estructura de la demanda sino a la del deseo, y se formula como una oferta, un deseo de transmitir una experiencia a otros. No se trata de una demanda de garantía, ni de una demanda de nominación. Una pasadora me dijo al despedirnos: “Bueno, a ver qué pasa ahora con el cartel del pase... ¡Suerte!” Me sorprendió darme cuenta de que yo no esperaba gran cosa en lo relativo a la decisión del cartel. Se lo dije: lo que quería cuando entré en el procedimiento era dar cuenta de algo, si

eso podía servir a otros, mejor. Algo especial para mí que quería compartir o transmitir a otros, intentar convertir un bien privado en un bien común.